



El Príncipe Feliz y la Golondrina Valiente

● Desde 6 años ⌚ 10 minutos en voz alta

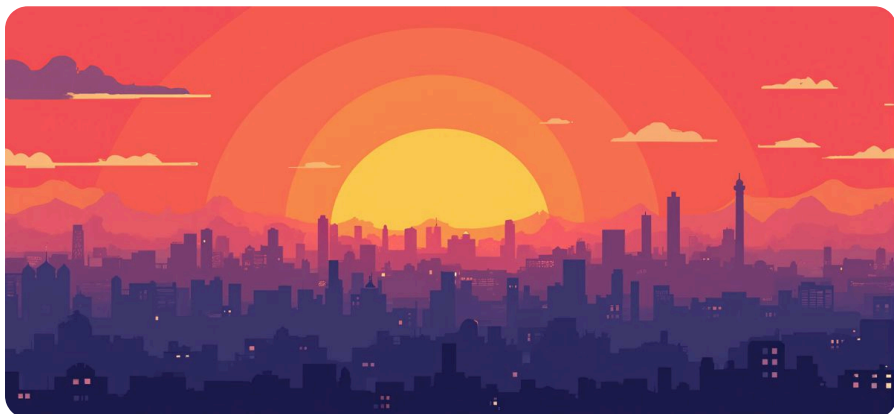


Un cuento de Luna Lunera

La Golondrina Rezagada

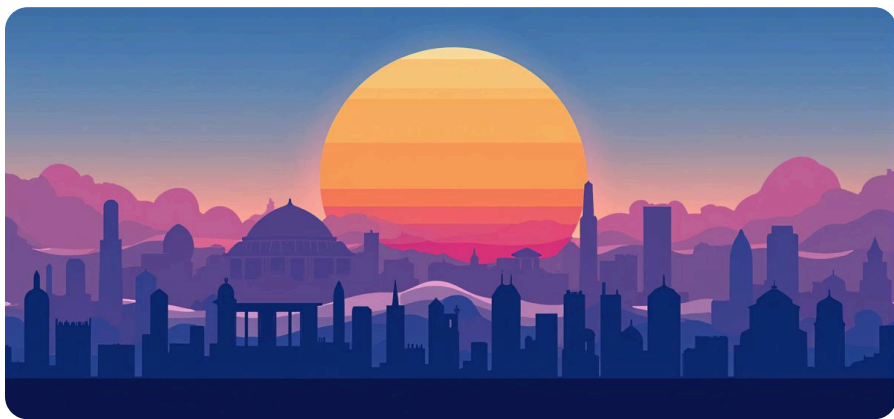


Había una vez una pequeña golondrina que volaba con su bandada hacia Egipto para pasar el invierno. El viaje era largo y cansado, atravesando montañas, valles y ríos que brillaban bajo el sol del atardecer. Como cada año, las golondrinas se detuvieron a descansar en un pueblecito pintoresco en el camino.



La golondrina estaba tan cansada después de volar todo el día que no veía la hora de acurrucarse bajo el ala y echarse a dormir. Sus pequeñas plumas temblaban de agotamiento, y sus ojos apenas podían mantenerse abiertos. Durmió tan profundamente que, al despertar con los primeros rayos del sol, toda la bandada ya se había marchado, dejando el cielo vacío y silencioso.

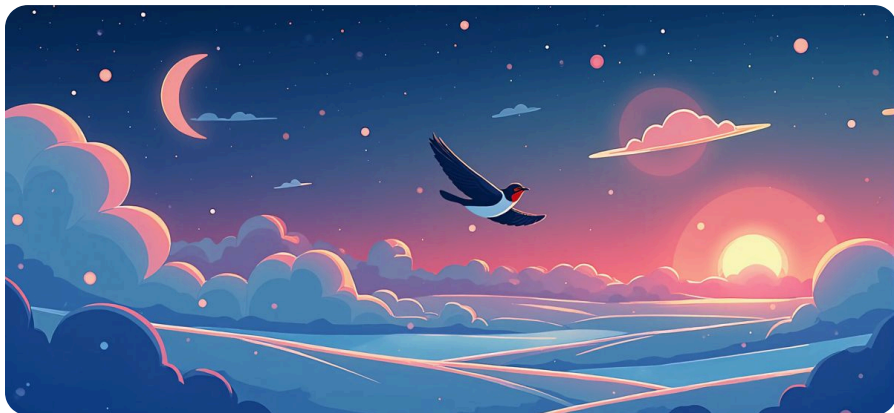
Un Refugio Inesperado



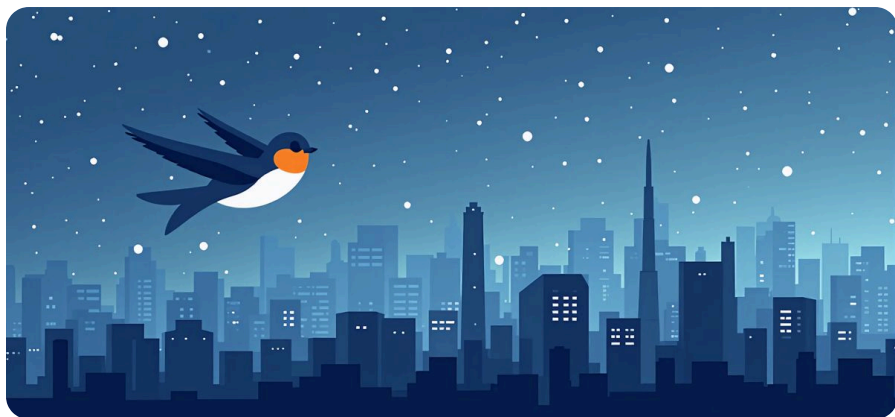
Confundida y sola, comenzó a buscar un lugar seguro para pasar la noche. Sus ojos recorrieron el pequeño pueblo hasta que vio una estatua majestuosa en medio de la plaza, elevándose por encima de las casas.

La estatua brillaba con pan de oro que resplandecía bajo la luz del atardecer, tenía zafiros azules como el cielo en su

sombrero y un gran rubí rojo como el fuego en el cinturón. "Debe ser alguien importante", pensó. "Dormiré ahí arriba, estará seco y seguro de la lluvia y el viento."



Esa noche, se posó entre los pies de la estatua y se dispuso a dormir, plegando sus pequeñas alas con alivio. Pero apenas había cerrado los ojos cuando una gran gota de agua cayó sobre su ala. "Qué raro", pensó, mirando al cielo despejado y estrellado. "No hay nubes."

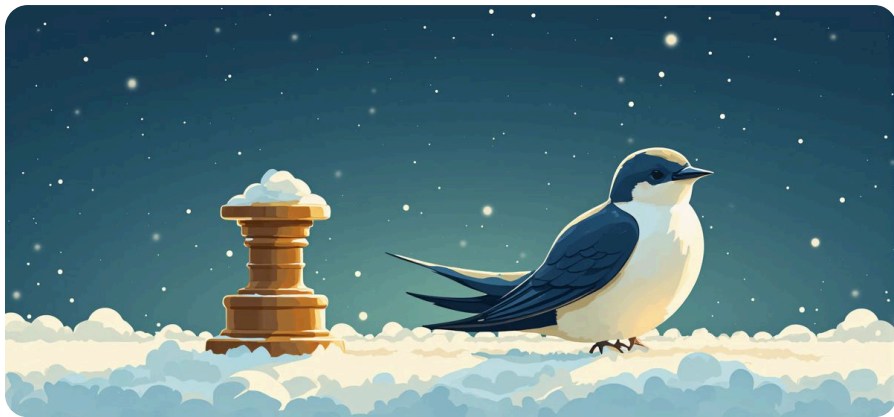


Miró hacia arriba y lo que vio la dejó completamente sorprendida: grandes lágrimas caían por las mejillas doradas de la estatua, brillando como diamantes líquidos a la luz de la luna.

—¿Quién eres tú? —preguntó la golondrina con voz suave.

—Soy el Príncipe Feliz —respondió la estatua con voz triste y melancólica—. Aquí arriba veo cosas que antes no veía cuando vivía en mi palacio, y muchas me hacen llorar.

Historias de Tristeza



—¿Qué cosas te entristecen? —preguntó la golondrina, curiosa y conmovida.

El príncipe le contó sobre una mujer pobre que vivía en una pequeña casa al borde del pueblo. Trabajaba día y noche cosiendo, pero apenas podía alimentar a su hijo que estaba enfermo y pedía agua con lágrimas en los ojos.

—¿Podrías llevarle uno de mis botones de oro? —le pidió el príncipe con esperanza—. Así podrá comprar medicina y comida para su pequeño.



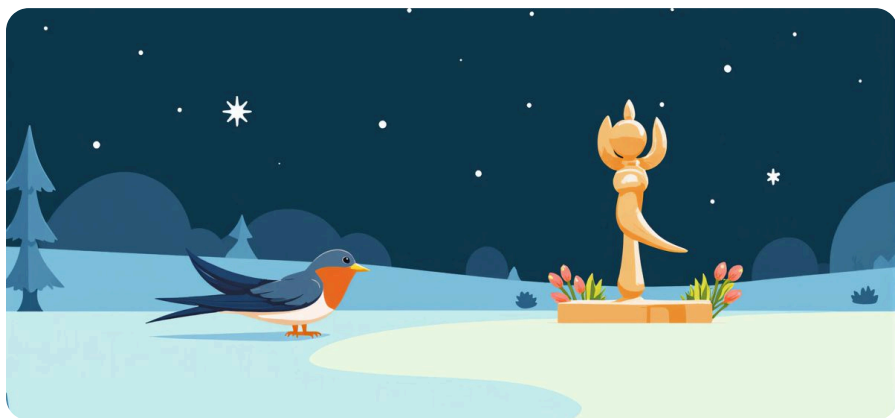
La golondrina miró hacia el horizonte, donde sus compañeras volaban hacia tierras cálidas. —Está bien —dijo finalmente—, pero me iré mañana. Debo alcanzar a mi bandada.



Día 1: El Primer Acto de Bondad



Al día siguiente, la golondrina arrancó el botón de oro con su pequeño pico y, con mucho esfuerzo, lo llevó volando hasta la ventana de la casa de la mujer. Con cuidado, lo dejó sobre la mesa de trabajo. A través de la ventana, vio cómo la mujer descubría el tesoro dorado y sus ojos se llenaban de lágrimas de alegría.

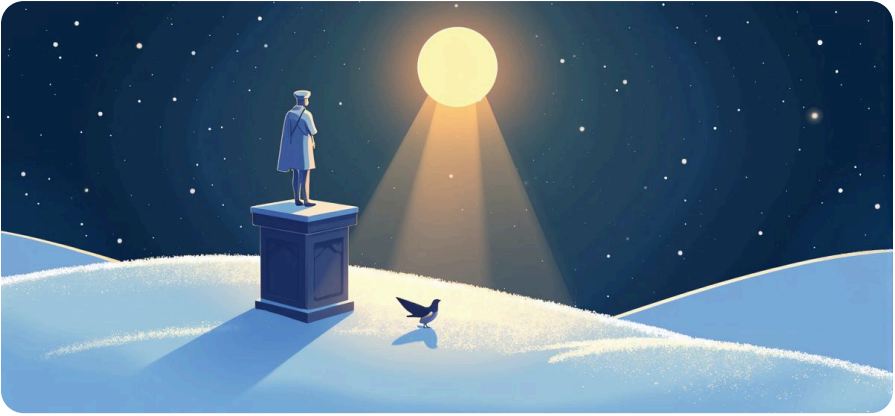


Regresó agotada a la estatua, con las alas doloridas por el peso del oro. El viento de otoño soplaba más frío que el día anterior.

—Gracias, pequeña amiga —dijo el príncipe—. Eres muy valiente.

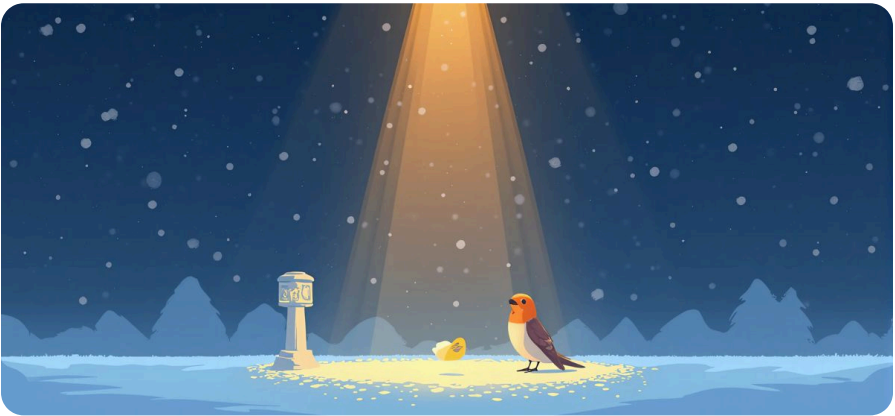
La golondrina tenía las plumas erizadas por el frío de la noche. "Descansaré hoy y mañana partiré sin falta", pensó mientras se acurrucaba.

Día 2: El Anciano Necesitado

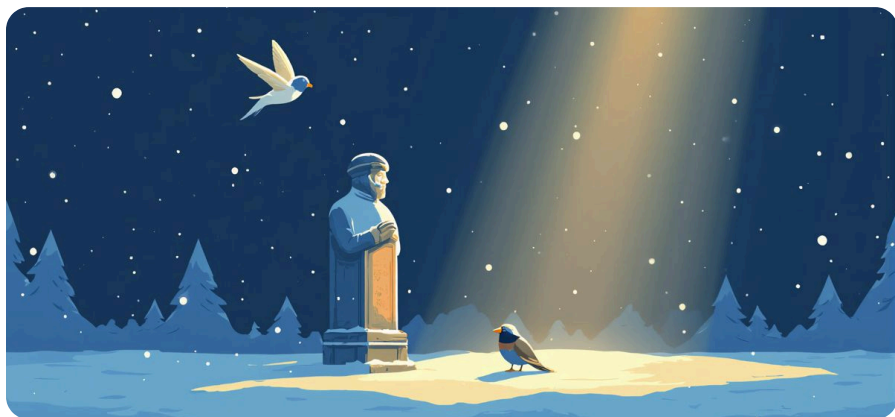


Por la mañana, el príncipe señaló con su mirada dorada a un anciano que pedía limosna en la esquina de la plaza, temblando de frío y hambre.

—¿Podrías llevarle otro botón de oro? —pidió suavemente.



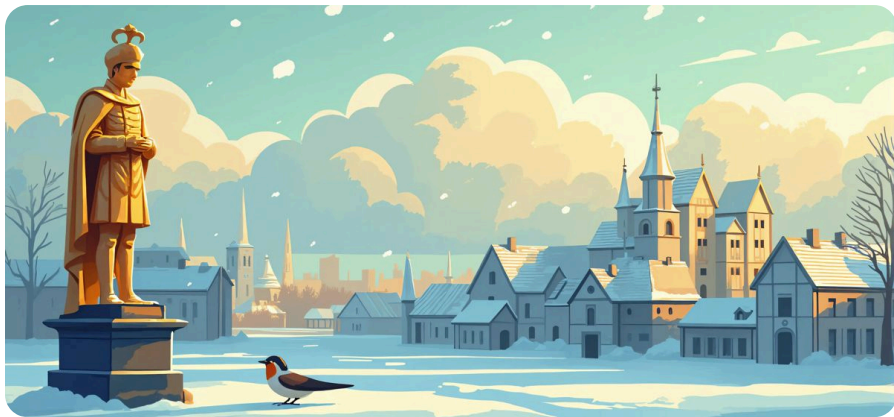
La golondrina suspiró. El viento estaba helado y sus plumas apenas la protegían del frío intenso que anunciaba el invierno cercano. Pero miró los ojos tristes del príncipe y no pudo negarse. Voló con el botón, luchando contra las ráfagas de viento, y lo dejó en la caja del anciano.



Regresó más cansada que el día anterior, sintiendo el frío calarse hasta sus huesos.

—Solo un día más —se dijo, mientras sentía el frío calarse en sus pequeñas patas—. Solo uno más y después debo irme.

Día 3: La Niña con Ropa Raída

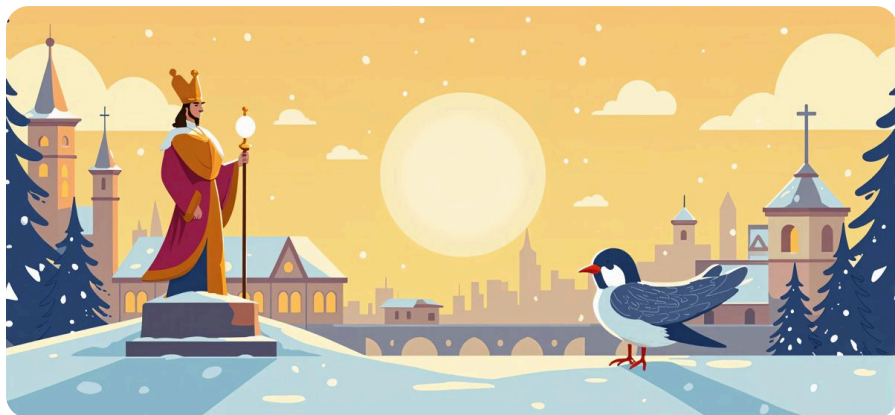


El tercer día, el príncipe le habló de una niña que solo tenía ropa raída y caminaba descalza por las calles empedradas.

—Llévale uno de mis gemelos de diamante —pidió—. Brillará en su vida oscura.



Esta vez, el vuelo fue más difícil. Las ráfagas de viento eran cada vez más fuertes, y las plumas de la golondrina no lograban protegerla del frío penetrante que entumecía sus alas. Pero siguió adelante, determinada.



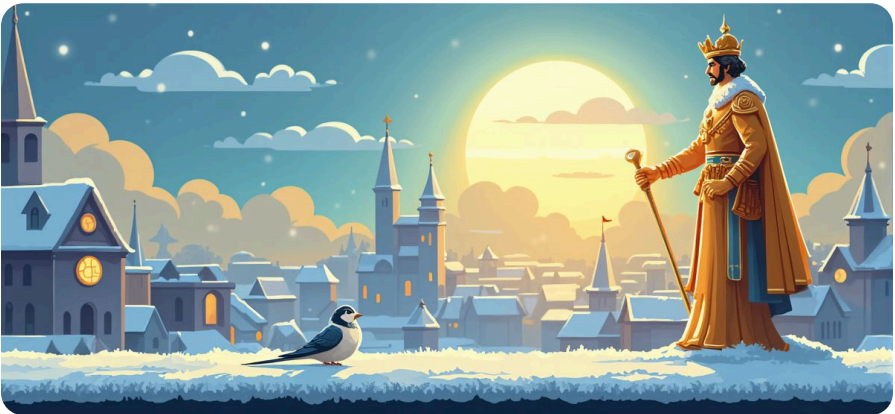
Al dejar el diamante en el alféizar de la ventana de la niña, vio cómo ella lo descubría y su rostro se iluminaba con una sonrisa radiante que parecía hacer brillar toda la habitación.

—Hola, pajarito —le dijo la niña con ternura—. Qué bonito eres.



La golondrina regresó al príncipe, agotada y temblando de frío, pero con el corazón cálido por la alegría que había visto.

Día 4: El Último Sacrificio



El cuarto día, el príncipe pidió un último favor con voz débil. —En el pequeño hospital del pueblo no tienen dinero

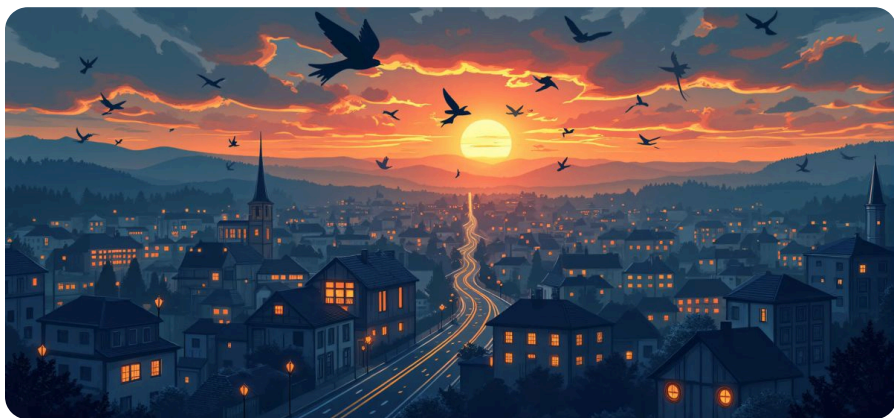
para cuidar a los enfermos. Por favor, lleva mi rubí y las hojas de oro que me cubren. Es todo lo que me queda para dar.



La golondrina sabía que no podía dejar al príncipe triste y solo. Aunque sus alas apenas respondían, pasó el día volando de un lado a otro, llevando el oro precioso al hospital, donde los doctores y enfermeras lloraban de gratitud.



Al final del día, solo quedó la piedra roja del rubí, que entregó con su último aliento de energía a la directora del hospital.

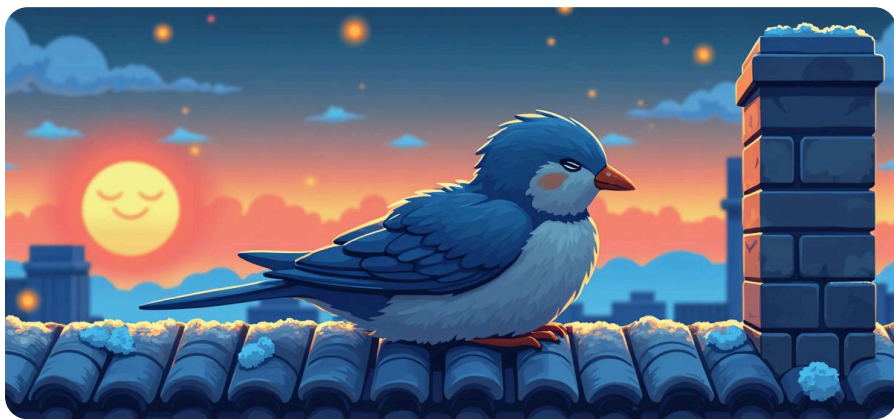


Cuando regresó a la estatua, ahora gris y sin adornos, la golondrina estaba tan cansada que apenas podía mantenerse en pie. El frío del invierno había llegado en su totalidad.

—Gracias, pequeña amiga —dijo el príncipe con profunda gratitud y preocupación—. Ahora debes partir, antes de que el frío te alcance. Vuela hacia el sur, hacia el calor.

—Estoy demasiado cansada para volar lejos... Me quedaré contigo esta noche —susurró la golondrina, acurrucándose junto a los pies de la estatua.

El Milagro del Amor



Al amanecer, la golondrina sintió que su pequeño cuerpo no podía más. El frío la envolvía como un manto implacable. Cerró los ojos, resignada, mientras el príncipe la miraba con tristeza infinita, impotente en su forma de estatua.

De repente, un suave resplandor dorado comenzó a envolver al príncipe y a la golondrina.

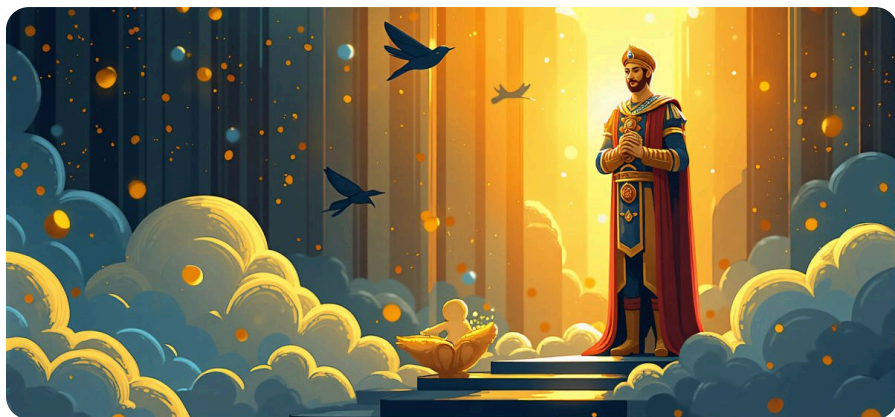


—Todo mi oro, todas mis joyas, toda mi felicidad... ¡Que sean para ti, pequeña amiga! —deseó el príncipe con todo su corazón, con un amor tan puro que trascendió su forma de piedra.



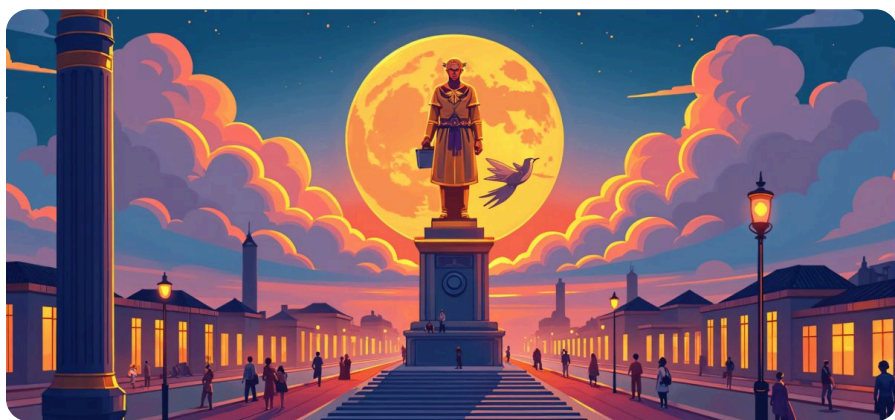
Una luz cálida y brillante descendió del cielo como un rayo de sol en medio del invierno y envolvió a la golondrina en un abrazo luminoso. Sus pequeñas alas recuperaron

fuerza, su cuerpo se llenó de energía renovada, y su corazón volvió a latir con vigor.



La golondrina se despertó llena de vida y calor, como si la primavera misma hubiera llegado solo para ella.

—Gracias, príncipe... Nunca olvidaré tu bondad —dijo con lágrimas de alegría.



Con un último vistazo al príncipe, cuyo rostro ahora mostraba una expresión de felicidad pura y verdadera grabada en la piedra, la golondrina alzó el vuelo hacia Egipto. Una cálida brisa mágica la acompañaba, guiándola hacia sus compañeras.



El príncipe volvió a ser solo una estatua gris y sin adornos, pero en su rostro quedó grabada para siempre una sonrisa de felicidad genuina, pues había aprendido que la verdadera felicidad no está en el oro ni en las joyas, sino en dar amor y ayudar a los demás.



El verdadero valor de un corazón no se mide por las riquezas que posee, sino por la generosidad con que las comparte. Y el amor genuino tiene el poder de crear milagros que desafían incluso al invierno más frío.



Fin

Dulces sueños.



Más cuentos para leer en voz alta en

lunalunera.org



Este cuento en la web, también en vídeo